

EL CORAZÓN  
DE LOS  
ÍBEROS

Teresa Broseta

Dibujos de  
Mar Silvestre



  
ámbitos

# I

## UNA RETAHILA DE DESGRACIAS

Hacía horas que llovía a cántaros. Ríos de agua y de barro corrían por las calles, inundaban los corrales y amenazaban con deshacer las paredes de adobe de las casas. Neitín, la joven sacerdotisa de la ciudad de Illici, escuchaba la lluvia con el corazón en un puño, frotándose nerviosamente las manos. ¿Cuántas desgracias más podían caer sobre su pueblo?

Los truenos que resonaban en las montañas parecían cada vez más cercanos. De pronto, la luz blanquísima de un relámpago volvió la noche en día y Neitín, con los ojos cerrados, contó en voz baja:

—Un, dos, tres...

El violento estallido del trueno no la dejó llegar al cuatro. Neitín tembló. La tormenta se acercaba a la ciudad a paso ligero, no había duda. Empezó a rezar a los dioses en voz baja, pero no llegó a completar la primera frase. Otro relámpago iluminó el mundo y, prácticamente a la vez, el rugido del trueno la lanzó de rodillas al suelo. Aturdida, oyó los gritos de desesperación que la gente profería en la calle.

—¡Auxilio!

—¡Ayuda!

—¡Fuego!

Neitín se levantó y se sacudió la ropa antes de acercarse a la puerta. Una sacerdotisa debía mostrarse siempre con dignidad ante su pueblo. Cuando la abrió, el espectáculo que contemplaron sus ojos la dejó sin palabras. Por todas partes había paredes reventadas, y tejados hundidos, y heridos que se arrastraban por el suelo y gritos de pánico. Un olor a leña lo llenaba todo y Neitín miró a su alrededor, sin saber adónde acercarse ni qué necesidad resolver primero. Vio en las proximidades a

Aunía, una vecina que había dado a luz pocos días antes. Con su bebé en brazos, parecía tan aturdida y asustada como la propia Neitín.

—¿Qué se está quemando, Aunía? —le preguntó, angustiada.

—La encina, Neitín —contestó la vecina con un gemido—. Dicen que el rayo la ha atravesado de parte a parte y que está en llamas.

Neitín sintió que se ahogaba. La encina que ocupaba el centro de la población, al pie de la cual se celebraban las ceremonias más solemnes... ¿Sería verdad que la habían perdido para siempre? Levantándose la túnica, corrió hacia la plaza luchando por no mirar en ninguna otra dirección.

—¡Neitín!

—¡Neitín, ayúdanos!

—¡Espera, Neitín!

Ignorando las voces que la llamaban, llegó a la plaza con el corazón en la boca. Aunía tenía razón. Ante la mirada incrédula de la gente, la encina era una aguja de fuego que subía hacia el

cielo, insensible a la lluvia que caía a mares. La sacerdotisa aún no había salido de su aturdimiento cuando la voz colérica del rey resonó en la plaza.

—¡Neitín, sacerdotisa de Illici! ¿Cómo es posible que los dioses se encarnicen con nosotros de esta manera?

Neitín no tenía respuesta a aquella pregunta que ella misma llevaba tres lunas repitiéndose. Tres lunas durante las cuales la ciudad de Illici había sufrido toda clase de desgracias, de enfermedades a plagas, de inundaciones a incendios. Tres lunas que había pasado rezando a los dioses, sin que sus oraciones parecieran tener ningún efecto. Tratando de calmar los ánimos del rey, y de todos los que se agrupaban a su alrededor, Neitín adoptó el papel que le correspondía. Enderezó la espalda, clavó la mirada en los ojos encendidos del rey y controló el temblor de su voz antes de asegurar con solemnidad:

—Mañana mismo, señor, pediremos perdón y piedad a los dioses con una ceremonia extraordinaria.

—¿Un sacrificio por fin? —interrogó el rey, esperanzado.

—Sí, señor. Un sacrificio.

Sin esperar a ver el efecto que causaban sus palabras, Neitín se apresuró a volver a casa. Acababa de decirlo y ya se había arrepentido. ¡Un sacrificio! No le gustaban en absoluto los sacrificios. No había entendido nunca que acabar con una vida pudiera complacer de alguna manera a los dioses y las diosas. Pero eso era lo que le reclamaba el rey, y el resto del pueblo, desde hacía tres lunas, y ya no le quedaban excusas ni buenas palabras para contentarlos. Se ponía enferma cuando debía clavar el puñal del sacrificio en el cuerpo de un animal inocente, odiaba mancharse las manos de sangre y, más aún, tener que hundirlas en las entrañas todavía calientes de la víctima. Pero todavía le gustaba menos que la consideraran culpable de todos los males de la ciudad por negarse a hacerlo.

Camino de casa, se esforzó en quitarse de la cabeza aquellos pensamientos que no la dejaban

vivir. No era hora de lamentarse. Era hora de curar a los heridos, de resolver las necesidades más urgentes de los damnificados, de preparar los cuerpos de los muertos para su último viaje.

Como sospechaba, aquella fue una noche larga, intensa y sin sueño. Por fortuna, los muertos fueron solamente dos, y no le costó demasiado prepararlos para el funeral. Los heridos, por el contrario, se contaban por decenas. Neitín pasó la noche preparando tisanas, cosiendo heridas en cabezas, vendando brazos y piernas, repartiendo aquí y allí palabras de ternura y de consuelo. Mientras se multiplicaba para atenderlos, no dejaba de rebuscar en el cajón de la memoria. Se esforzaba en recordar todas las oraciones que le había enseñado Kara, la antigua sacerdotisa de Illici, su querida maestra. Ojalá la tuviera aún a su lado. Kara siempre sabía qué decir y qué hacer. Sabía cómo ayudar a los vivos y cómo despedir a los muertos, cómo conservar el favor del rey y cómo contentar a los dioses, siempre exigentes.

La tormenta había pasado y el sol brillaba en el cielo cuando Neitín volvió a quedarse a solas. Murmurando suavemente la primera oración del día, empezó a prepararse para la ceremonia. Se quitó la túnica manchada de sangre, se frotó el cuerpo con un paño mojado en agua de tomillo y se trenzó el cabello con gracia y delicadeza. Prestó atención a ponerse correctamente las vestiduras ceremoniales, la túnica de un blanco purísimo, la capa roja, las sandalias de cuero. Después buscó la caja de las joyas, la que guardaba el ajuar de las sacerdotisas de Illici. Era una caja sencilla, de madera pulida, sin más decoración que cuatro espigas de trigo, pero su contenido era un tesoro. Neitín esparció sobre la cama los anillos, las pulseras, los pendientes, los brazaletes y los collares. Dudó un momento, pero acabó por decidir que se las pondría todas. Aunque no se encontraba cómoda con el cuerpo cargado de joyas, era consciente de su importancia. Cuanto más magnífico fuera su aspecto, más posibilidades tenía de reavivar la fe y la esperanza de su pueblo.



Neitín ganó la calle a paso lento, con el pebetero encendido entre las manos y el cuchillo ritual colgado del cinturón. Camino de la plaza, solo se detuvo un momento para cruzar unas palabras con un pastor de cabras que vivía cerca de su casa. El hombre la escuchó y, con una breve reverencia, corrió en dirección a su corral.

Cuando Neitín llegó a la plaza, la encina todavía humeaba. Aunque el aire era irrespirable a su alrededor, Neitín ocupó el lugar que le correspondía, a un paso de las ramas quemadas y ennegrecidas. Con un hilo de voz, empezó a cantar los nombres de los dioses y las diosas mientras la plaza se iba llenando de gente. Poco a poco se fue haciendo más firme su voz, casi tan vibrante y tan fuerte como lo era su corazón.

Recitaba ya los últimos nombres cuando el pastor se le acercó respetuosamente. El hombre le puso entre las manos una cabra de pocas semanas, negra como una noche sin estrellas. Una cabra que balaba desesperadamente, como si adivinara su destino, y a la que Neitín se esforzó



en no mirar a los ojos. Un torrente de palabras de súplica salió de sus labios mientras alzaba el cuchillo ritual y lo mostraba a una multitud silenciosa y sobrecogida. De un único y preciso movimiento, la joven hundió el cuchillo en el vientre del animal, que baló una última vez.

El pueblo, empezando por el rey, estalló en gritos de entusiasmo. Neitín, luchando con la pena y el asco que le producía aquel ritual terrible, se untó los dedos con la sangre de la cabra, todavía caliente. Mientras dibujaba en la tierra los complicados símbolos de protección de la ciudad, no disminuyeron los gritos de victoria de la gente.

Para rematar la ceremonia, Neitín prendió fuego al cuerpo de la cabra. Eso también le disgustaba. Aunque la carne del animal era escasa, era una pena que no se la comiera nadie. Ni los guerreros que ya estaban cortos de fuerzas, ni los campesinos que trabajaban los campos de sol a sol, ni las madres que amamantaban, ni las criaturas que estaban en pleno crecimiento. Cuando la

asaltaban pensamientos así, Neitín sufría. Quizás no era buena sacerdotisa si se preocupaba más de las necesidades del cuerpo que de las del alma...

Acabada la ceremonia, la plaza se vació tan deprisa como se había llenado. Con las esperanzas renovadas, los habitantes de Illici se apresuraron a limpiar de barro las casas y los corrales, a reparar los tejados hundidos, a reforzar las paredes agrietadas. Cuando cayó la noche, mientras en todas las casas se preparaba una cena escasa, un extraño rumor los puso en alerta. Los perros aullaron por las calles, los caballos relincharon en los establos, las ovejas y las cabras balaban en los corrales. Segundos después, un terremoto sacudió la ciudad entera, provocando el pánico y la desesperación de la gente.

Neitín, paralizada por la sorpresa, vio cómo temblaban las piezas del telar, cómo se volcaban las jarras de olivas y los cántaros llenos de agua, cómo se estrellaban contra el suelo los platos y los vasos que utilizaba cada día. Oía los gritos de pánico de la gente, las súplicas que lanzaban a los

dioses, y todo le parecía parte de una pesadilla de la que no conseguía despertar. Solo reaccionó cuando el pebetero preferido de Kara cayó del estante y rodó a sus pies. Arrodillándose para recogerlo, estalló en lágrimas.